

to Valle-Inclán studies and twentieth-century Hispanism. In all of its 376 pages, *La ficción breve de Valle Inclán* serves as a model for seasoned literary critics and students of literature as well. Perhaps one of its most timely and engaging features is, however, its author's entreaty to his readers as he makes one final statement: «Al final, el lector decidirá sobre la validez de mis percepciones teniendo como tiene la última palabra» (329).

The University of South Carolina

LUCILE C. CHARLEBOIS

Miguel Delibes, *Pegar la hebra*, Barcelona, Destino, 1990, 222 pp.

*Pegar la hebra*, tal y como reza su título, es un libro con que Delibes pretende entablar un curioso diálogo a larga distancia y esforzadamente unilateral con sus lectores. Convirtiendo sus cuartillas en un imaginario bar o café, el literato da rienda suelta a su *idearium* y su pluma con el fin de exponer coloquialmente: «algunos de los temas que me inquietan, me interesan o me divierten» (p. 7). El resultado es un *popurrí* de viñetas ensayísticas y remembranzas con que Delibes intenta poner al día sus temas de siempre: el progreso y la ecología, la España (especialmente Castilla) de la posguerra y de la democracia, la crítica literaria y cinematográfica y los deportes. Dado este enfoque, habría que hablar ya de un Delibes evocador, que cava o excava cada vez más en su pasado para poder seguir escribiendo, pero que va apartándose de la prosa de ficción. *Pegar la hebra* se entronca con *Castilla habla* y *Mi vida al aire libre*, obras en que el ensayista también departe recordatoria y meditativamente con sus destinatarios.

Delibes imprime *Pegar la hebra* con un tono polivalente que fluctúa según el tópico y el estado de ánimo que el tema a tratar despierte en el articulista. Así, cambia del desenfadado y nostálgico goce vital del apartado titulado «Yo trabajé a las órdenes de Orson Welles», en que relata su experiencia de extra en una película que el gran cineasta intentó rodar en Valladolid tiempo ha, a la irascibilidad chocante que caracteriza sus ideas sobre «aborto y progresismo». Escribe: «Pero lo más curioso del caso es que el abortismo ha venido a incluirse entre los postulados de la moderna 'progresía'. En nuestro tiempo es casi inconcebible un pro-

gresista contrabandista» (p. 23). La brevedad, la escasa profundidad de muchos de estos estudios y, sobre todo, un cierto afán de desconcertar al público en vez de desarrollar una opinión concienzudamente, desbaratan este proyecto. De hecho, *Pegar la hebra* acaba emanando un tufo a ensayos gacetilleros compilados e impresos con letra grande y abierta con el fin de conseguir darle forma de libro.

En muchas ocasiones los juicios de Delibes en *Pegar la hebra* resultan ser temerarios. Por ejemplo, su afición al fútbol le lleva a resaltar lo obvio: «El comentarista de fútbol habla demasiado, incurre constantemente en redundancia» (p. 28). Delibes se merece una tarjeta amarilla por la misma falta. Al analizar la novela *Nada* de Carmen Laforet escribe: «Induce pensar que *Nada* es un producto directamente relacionado con la guerra» (p. 212), «Existe una base bélica en la novela que la escritora no oculta» (p. 213), «La guerra es una presencia constante en el libro» (p. 214). He aquí un libro desigual, que a veces parece ser el producto de un cascarrabias y que sólo en contados momentos (léase «Novela y cine» y «La censura de prensa en los años cuarenta») enjuicia debidamente sus temas. Tal vez sea este desequilibrio precisamente lo que Delibes desea suscitar, manteniendo así a sus lectores en una posición defensiva o expectante.

En muchos de sus ensayos, el escritor vuelve a indagar los temas candentes de la ecología: la nube radioactiva de Chernobyl, la desaparición de la trucha común de los ríos leoneses, etc. Incluso intenta explicar y conciliar su afición a la caza con sus preocupaciones conservacionistas. Son apartados de diversa enjundia, donde el primer «verde» español sigue predicando en el desierto. Asevera: «Hemos medido el progreso del hombre en dinero en lugar de hacerlo en bienestar y salud, y lo que hemos conseguido con esto es echar barriga, acumular ácido úrico y colesterol» (p. 129).

Otro hilo conductor de *Pegar la hebra* es la literatura, ya que dieciséis de los veinticuatro ensayos versan sobre el arte de escribir. Fundamentándose en su larga experiencia de prosista y en sus lecturas, en *Pegar la hebra* Delibes se convierte en crítico e historiador literarios. Levanta testimonio acerca de otros literatos vallisoletanos (Manolo Alonso Alcalde, Francisco de Cossío, José Jiménez Lozano, etc.), sus maestros (Joaquín Garrigues y Josep Pla) y sus compañeros en el periodismo (Francisco Umbral, Manuel Le-

guineche, *et. al.*). Sus reflexiones están jaspeadas de alabanzas y agradecimientos, algo que también deja constancia de la persona y valía de Delibes. Lo dicho por el novelista Garrigues puede aplicarse perfectamente al comentarista: «Un hombre hacia adentro, con luz interior» (p. 146). De Umbral, Leguineche y compañía afirma: «Yo no fui el maestro, sino un beneficiario más de las enseñanzas que todos impartíamos» (p. 188). Muchas de estas viñetas se dedican a la memoria de algún amigo escritor y *Pegar la hebra* acusa un marcado tono necrológico. Lamenta Delibes: «Tan solitario estaba que, por vez primera en mi vida, me encuentro en una situación patética: desear compartir mi dolor y no encontrar con quién» (p. 85). Paradójica y desgraciadamente, con el paso del tiempo Delibes se ha transformado en otra víctima (al igual que muchos de sus personajes) de «la aridez de nuestra época, sin tertulias ni pausas para la comunicación» (p. 72). No cabe duda que a estas alturas para Delibes el escribir es una terapia tonificante.

Otro indicio de su soledad existencial es el hecho de que en *Pegar la hebra* Delibes (un escritor espontáneo y de escasa preparación formal en la literatura) desvela sus recientes lecturas de Faulkner, Dickens, Joyce y otros, además de reflexionar acerca de sus obras basándose en las opiniones de críticos como José María Castellet y Fernández Almagro. Aunque pequen de ingenuas, no dejan de interesar estas opiniones. Asimismo, sus comentarios sobre el cine —y muy particularmente sobre las adaptaciones filmicas de sus novelas— proporcionan un relieve más panorámico al libro. Estos juicios en torno a determinados acontecimientos dentro de su propia creación literaria, o la ajena, ayudan a precisar las claves de la novelística delibeana.

Delibes cierra *Pegar la hebra* reproduciendo los textos de dos discursos que pronunció durante los actos de su investidura como doctor *honoris causa* por la Universidad Complutense de Madrid y la de El Sarre (Alemania Federal). Afirma Delibes en aquél: «Mi objetivo ha sido siempre buscar *al otro*, conectar con mis conciudadanos, tenderles un puente» (p. 185). En definitiva, el aspecto más importante y atractivo de *Pegar la hebra* es el de ser una *summa vitae* que recrea la imagen de un hombre cuya larga y prestigiosa carrera literaria y cuya entereza humana y humanista iluminan las letras españolas.